

El cáncer me cambió la perspectiva

**Por: P. Omar
Benítez Lozano**



El cáncer me cambió la perspectiva

Estas líneas son extracto del libro "Dios, dame tiempo para vivir", de Ómar Benítez Lozano, Ed. Planeta. El protagonista es John, un enfermo de cáncer. Es un hombre felizmente casado, tiene tres hijos y trabaja como profesor en un colegio. Su vida transcurre de manera normal, hasta el día que el médico le diagnostica cáncer. Desde ese momento, hay más preguntas que respuestas en su vida: ¿cómo le doy la noticia a mi familia?, ¿el cáncer se cura?, ¿qué tratamiento me conviene?, ¿debo operarme?, ¿por qué me pasó a mí?, ¿me voy a morir?...

A este punto de su narración, John abre su corazón para hacer notar cómo la enfermedad y su tratamiento se han convertido para él en un sacudón que le ha hecho cambiar su modo de ver la vida, y su modo de valorar muchas cosas sencillas y habituales, a las que antes no daba importancia.

Con los tiempos de quietud y de soledad que voy teniendo, aunque, a decir verdad, casi nunca estoy solo sigo descubriendo muchas cosas: definitivamente, estoy empezando a vivir de otro modo, a ver la vida diferente, no sólo en lo referente a mi nueva situación, sino al hecho de enfrentarme a lo mismo de siempre, pero con otra perspectiva. Mis parientes son los mismos, mis actividades—mientras las puedo realizar— son las mismas, el mundo en el que me muevo es el mismo. Sin embargo, ya voy menos deprisa, comienzo a ver más, a querer expresar cada minuto, a no perderme detalle, a no perder tiempo.

Steve Jobs, el fundador de Apple, también pasó por una situación así. Contó a los universitarios de Stanford que, cuando tenía 17 años, lo impresionó una cita que leyó: «Si vives cada día como si fuera el último, es muy probable que algún día hagas lo correcto». Decía que desde entonces se miraba al espejo todas las mañanas y se preguntaba: «Si hoy fuera el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy a punto de hacer hoy?». Y sabía que necesitaba cambiar algo,

cuando la respuesta era «no», durante varios días.

Contó que le diagnosticaron cáncer de páncreas y que las expectativas de vida eran de tres a seis meses. Le aconsejaron irse a casa y arreglar sus asuntos, lo que él entendió como una preparación para la muerte.

«Recordar que moriré pronto —siguió diciendo— constituye la herramienta más importante que he encontrado para ayudarme a decidir las grandes elecciones de mi vida. Porque casi todo, todas las expectativas externas, todo el orgullo, todo el temor a la vergüenza o al fracaso, todo eso desaparece a las puertas de la muerte, quedando solamente aquello que es realmente importante. Es la mejor manera de evitar pensar que tienes algo que perder.

»Significa que todo lo que pensabas decirle a tus hijos en los próximos diez años, debes intentar decirlo en unos pocos meses. Significa asegurarte de que todo esté finiquitado, de modo que sea lo más sencillo posible para tu familia. Significa despedirte (...).

»Al haber vivido esa experiencia, puedo contarla mejor que cuando la muerte era un concepto útil pero puramente intelectual. Es muy probable que la muerte sea la mejor invención de la vida. Es agente de cambio».

En mi caso, cuando adopté una actitud positiva y optimista ante la nueva situación, no sabía por cuánto tiempo iba a perseverar en el intento. Estaba pensando en frío, es decir, cuando aún no había comenzado a vivir las inclemencias del tratamiento. Ese propósito, sin embargo, no lo hice por mi cuenta y riesgo: estuve haciendo muchos actos de abandono en Dios desde el mismo momento en que se asomó a mi vida el cáncer. Y he de decir, porque así lo siento, que es Dios quien me regala serenidad.

Sería vanidoso de mi parte pretender que no experimento miedo. ¿Quién no siente al menos un estremecimiento o un desconcierto ante la idea de la muerte? ¡Si hasta Cristo lo vi-

vió, momentos antes de su Pasión! Los hombres nos intranquilizamos ante todo lo misterioso, ante toda situación que se escapa de nuestro dominio. Pienso que por eso nos intranquiliza la muerte, ese trance dominador y doloroso por el que todos tendremos que pasar. Es fácil pensar en los demás como mortales, pero nos cuesta hacerlo si se trata de nosotros mismos.

No sé si a todas las personas que se han encontrado en situaciones como ésta les ha pasado lo mismo. Pero a mí casi me abruman tres afanes en estos primeros momentos: el empeño por curarme, el afán por hacer lo que hasta entonces no había hecho, y aprovechar cada momento al máximo.

En cuanto al empeño por curarme, ¿qué duda cabe que eso es un derecho y un deber? Debemos poner los medios a nuestro alcance por conservar o recuperar la salud. Entre ellos, los sobrenaturales o espirituales, lógicamente. Hay cosas que exceden a la ciencia y, si conviene, Dios mete la mano y hace las cosas antes, más y mejor. Pues bien, en lo que toca a los medios humanos, creo que nunca en mi vida he sido tan obediente a los médicos en lo tocante a dietas, tratamientos, fechas y horas. Y con relación a los medios sobrenaturales, tampoco había estado tan pegado de Dios, tan rezador, tan devoto.

¿Por qué tuve que llegar a esta situación para acordarme de que Dios existe y de que es mi Padre?! Me duele y me da vergüenza con Dios. Pero no puedo dejar de rezar por eso. Retomé la santa misa de los domingos e incluso, cuando puedo, entre semana; me confesé y lo sigo haciendo con frecuencia; aprendí a rezar el rosario...

Por lo que se refiere al afán por recuperar el tiempo perdido, ¡cuántas cosas por hacer!, ¡cuántas omisiones!: asuntos profesionales, amigos y parientes abandonados, detalles de cariño con mi esposa y mis hijos, obras de caridad, metas personales... A estos mea culpa, a estos reproches y nostalgias por las omisiones, se suma una especie de mística ojalatera, es decir, esa inconformidad que en ocasiones me embarga

con las cosas que he hecho o dejado de hacer. Es, según san Josemaría Escrivá, esa mística hecha de ensueños vanos y de falsos idealismos: ¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esa profesión, ojalá tuviera más salud, o menos años, o más tiempo!

Me agobia el afán por hacer cosas y, queriendo hacer mucho, son pocas las cosas que hago bien. Debo esforzarme por ordenar mis ideas y, procurando ser realista, acometer sólo aquello que pueda llevar a buen término.

Finalmente, aprovechar cada momento al máximo. ¡Qué diferente comienzo a ver todo! Aprovecho cada minuto con mis hijos y con mi esposa; disfruto más que antes lo que parecía tan habitual, tan obvio: una comida, un paseo, la música, la naturaleza, un rato en familia, los juegos de mis hijos, el arreglo de Diana, mi esposa. Cada encuentro con ellos lo vivo con tal intensidad, que parece una despedida. Quisiera hacer cosas que para ellos resulten inolvidables. Al mismo tiempo, mientras estoy con ellos, no hago nada que me distraiga de mirarlos, de contemplarlos. Es como si quisiera que su figura se quedara grabada con fuego en mi retina, en mi memoria, en mi corazón.

Y en el trabajo y en las relaciones personales voy aprendiendo a interesarme sinceramente por cada persona, a escucharlos, a valorar todo lo positivo de cada uno. Mi actitud ante las cosas se va haciendo más profunda, menos superficial. Yo, como J. L. Martín Descalzo, un escritor aquejado de cáncer, descubrí a la luz de la enfermedad que en mi escala de valores real había un gran barullo y que no siempre coincidía con mis propósitos y deseos. ¡Cuántas veces el trabajo se montó por encima de la amistad! ¡Cuántos espacios de mi tiempo dediqué más al éxito profesional que a ver y charlar pausadamente con los míos! Aprendí también a aceptarme a mí mismo, a saber que, en no pocas cosas, fracasaría y no pasaría absolutamente nada; entendí, incluso, que uno no tiene corazón suficiente para responder a tanto amor como nos dan. Todo hombre es un mendigo y yo no lo sabía.

Me estoy dando cuenta de que, cuando estaba sano, había descuidado muchas cosas esenciales; que había preferido lo accesorio a lo esencial, y siento ahora la necesidad de decir, casi de gritar, lo que canta Mercedes Sosa:

Sólo le pido a Dios

que el dolor no me sea indiferente,

que la reseca muerte no me encuentre

vacío y solo, sin haber hecho lo suficiente.

* * *

Soy el menor de cinco hermanos. Mi padre tuvo que abrirse paso por la vida, para sacar adelante a la familia, dedicado al comercio de textiles. Mi madre, siempre dedicada al hogar y, tras bambalinas, le colaboraba en todo a mi padre. Lo del negocio de los textiles surgió accidentalmente: mi padre trabajaba en una empresa grande de confecciones, propiedad de unos ingleses. La empresa quebró; pagó la liquidación a sus empleados con máquinas, equipos de oficina, telas... A mi padre le tocó recibir un cargamento de textiles de todo tipo, de aquéllos con los que fabricaban las confecciones.

¿Qué hacer con todo aquello?

Un patio cubierto de nuestra casa se convirtió para nosotros —niños entonces— en lo más parecido a una piscina. Allí jugábamos horas y horas, mientras mi padre se ingeniaba el modo de vender aquella mercancía. Fue el inicio de un negocio que duraría hasta el final de sus días y fue, desde entonces, la fuente de ingresos para la familia. No teniendo a quien recurrir, mi padre ponía a trabajar a mis hermanos mayores: desde clasificar telas por tipo y tamaño, para hacer paquetes para la venta, hasta deshilar pequeños retazos para hacer el relleno para los colchones de entonces.

Muy pronto, comenzamos a ver el fruto de ese trabajo, pues recibida la noticia del nuevo negocio familiar, fueron apareciendo modistas, sastres y otros clientes, que se peleaban por aquellos retazos. En fin, mi padre se dedicó a este oficio con bastante éxito. Pasados los años, esa actividad dio suficientes ingresos para varios almacenes, nuestros estudios, casa pro-

pia, viajes, etc. Estábamos tan agradecidos, que nos acostumbramos a decir: los retacitos.

Yo, quizás por ser el menor, gozaba de una especial atención de mis padres: me daban gusto en todo, hasta el punto de condescender frecuentemente con mis caprichos. Llegué a volverme, a decir de mis hermanos, marquillero y metalizado. La primera expresión hace referencia a quien vive en función de la marca de la ropa, calzado y todo tipo de cosas, creándose necesidades, casi con el único afán de estar a la moda. Metalizado viene a ser quien vive en función del dinero. A mis hermanos les tocó casi toda la época de las vacas flacas; yo apenas la entreví: a mí me tocaron las vacas gordas. Mis padres, sin decirlo, me daban a mí el gusto que los demás no pudieron tener.

Los coletazos de mi situación de niño mimado de entonces se vinieron a notar más tarde en mi carácter agrio y reactivo, en mi afán de independencia y de pasarlo bien a toda costa. Esa buena vida que yo buscaba asegurarme era para mí poco compatible con los deberes académicos; por eso, pudiendo dar mucho más, me conformaba con aprobar las asignaturas con lo mínimo. Perdí el cupo en un colegio muy bueno, por ser conflictivo con mis compañeros y profesores. La reacción de mi padre fue para mí, acostumbrado a recibir de todo y a que los demás me resolvieran los problemas, francamente inespereada:

—¡No moveré un dedo para conseguirte colegio! —me dijo, bastante enojado—. Si quieres seguir estudiando, haz tú mismo las gestiones.

Me puse en la tarea. No fue fácil, pues ya había transcurrido un mes desde el inicio del año académico. Pero lo logré: para sorpresa de todos, me matriculé en un colegio militar. Y mi desempeño no fue para nada malo. Allí terminé mi bachillerato, con distinciones y el mejor nivel académico.

Pero mi afán de independencia no había desaparecido y, en cuanto pude, no más cumplir la mayoría de edad, me fui de casa, sin más justificación que la de querer aprender a hacer-

me cargo de mis cosas. ¡Cuántas lágrimas hice derramar a mi madre por mi partida! Y si no caí en drogas y otros vicios, no fue por virtud mía, sino seguramente por sus oraciones.

De todos mis hermanos, yo era el más reacio a asistir a la misa dominical: siempre que pude, encontré una excusa para no hacerlo. Y rara vez rezaba: sólo acudía a Dios cuando me encontraba en grandes problemas o necesidades.

Él se fue convirtiendo para mí en una especie de mayordomo, a quien se acude para que atienda nuestros asuntos, pero no se le permite que se meta en nuestra vida.

De ese materialismo práctico —vivir como si Dios no existiera—, me fui aproximando, ya en la universidad, a un materialismo teórico, fundamentado por unas cátedras fuertemente impregnadas de ateísmo y marxismo, cuando no de consumismo y hedonismo. De no haber sido por la aparición de Diana en mi vida, pienso que yo habría acabado militando activamente en cualquiera de esos «ismos». Es que ella, de hecho, me cambió la vida. Yo había tenido, hasta entonces, muchas novias —por llamarlas de algún modo—, que congeniaban con mi estilo de vida de entonces y, por tanto, no me enriquecían en nada. Mis padres no conocieron casi a ninguna de ellas. No me atreví a presentárselas, pues con toda seguridad, no habría contado con su beneplácito.

Diana, con su rectitud de vida y con un tacto poco común, me fue haciendo volver a la práctica de la fe, aunque, por mucho tiempo, no con mucho fervor de mi parte. Me fue llevando por un mundo muy diferente al que yo estaba acostumbrado, y yo me dejé llevar dócilmente, pues no quería perderla. Desde el momento en que la conocí, vi que era una mujer a carta cabal. Tuve que violentarme para ir cambiando mis costumbres. Me llevó muy pronto a conocer a sus padres y se afanó por conocer a los míos. Con ella, no dudé un momento en presentárselos. De nadie en casa llegué a escuchar reproche alguno sobre ella.

Nuestro noviazgo duró poco, alrededor de un año-, como

creo que debe ser. Yo ya había terminado mis estudios de licenciatura en Química y Biología y había comenzado a trabajar en el colegio donde aún laboro. Ella, que había hecho unos estudios técnicos de mercadeo, también estaba trabajando en la empresa en la que permanece desde entonces. Nos casamos.

Todavía me quedaba mucho por cambiar en mis actitudes, comportamientos y concepción de la vida. Algunos de esos cambios se han ido dando muy paulatinamente, siempre con el ejemplo y el impulso paciente de Diana. Pero, en poco más de quince años que llevamos de matrimonio, no han faltado desavenencias entre nosotros, casi siempre por mi culpa: por mis caprichos, por mi poco espíritu de sacrificio para colaborar en los asuntos de la casa y de la educación de nuestros hijos, por mi manga ancha para hacer gastos en cosas innecesarias, por mi tendencia a dejarme llevar de mi parecer en casi todo...

Como padre y como esposo, ¡cuántos errores he cometido! Yo también he sido víctima de esa concepción tan común de que el solo hecho de casarnos ya nos hace padres y esposos expertos. Creemos que no necesitamos aprender nada al respecto y, en cambio, lo que en realidad llegamos a hacer es vivir del ensayo y error. Las consecuencias de esta metodología errada recaen sobre los hijos y la pareja.

Muchas veces, por estar centrado en mis cosas y quizás también por mi mentalidad pragmática, no supe entender los detalles de cariño de mis hijos. Para la muestra, un botón: en uno de mis cumpleaños, Valentina, que tenía unos siete años, me dio como regalo una pequeña caja muy bien empacada y adornada hecha por ella. Cuando la desempaqué, vi que no contenía nada, dije desconcertado:

—Y, ¿qué quieres que haga con una caja vacía?

—¡No está vacía! Está llena de besos para ti —me dijo, frunciendo el ceño.

La abracé, le di mil besos y le pedí perdón por mi ceguera. Ella seguramente olvidó aquello muy pronto, pues los niños no son rencorosos ni resentidos, como solemos ser los mayores,

pero a mí se me quedó grabado para toda la vida. Me hizo caer en la cuenta de que estaba perdiendo la capacidad de asombro y la sensibilidad para captar la riqueza que encierran las cosas pequeñas; que mi vida se estaba volviendo monótona y superficial. Al mismo tiempo, me hizo pensar que, para entender a los hijos, hay que ponerse en sus zapatos.

A Diana también la he hecho sufrir incontables veces. Muy al comienzo de nuestro matrimonio, cuando empezaron a llegar los hijos, cometí el error de desplazarla por centrarme en los niños. Con buena intención, pero con una concepción errada de los afectos, al llegar a casa solía buscar a mis hijos, saludarlos, mimarlos, darles algún caramelo... y a ella, escasamente el saludo. ¡Y ella nunca se quejó! Tuve que descubrirlo por mi propia cuenta. O mejor, me ayudaron a descubrirlo. Un día, san Josemaría transmitía a los asistentes a una tertulia un par de secretos para llevar bien el matrimonio y para no acostumbrarse ni dejar introducir la rutina en el trato con el cónyuge: «Sigan siendo novios», y «No te olvides de que la niña más pequeña que tienes en tu casa es tu mujer».

Aquello me impactó y me llevó a hacer un examen. No había duda: ¡yo me estaba equivocando de pies a cabeza! Desde entonces, procuré cambiar mi actitud, poniendo a mi esposa en primer lugar.

Mis desmanes —ahora lo veo con más claridad— han sido, sin duda, innumerables y de todo tipo. ¡Cuántas veces mis aficiones desplazaron a mi familia!: el fútbol, los bolos, la pintura, los amigos... ¡Cuánto mal les he hecho y cuánto más pude haberles hecho! Sufro al recordar, por ejemplo, una ocasión en la que me pasé de copas durante una tarde de bolos con mis amigos. Irresponsablemente, conduje hasta mi casa, no sé cómo. No recuerdo cómo llegué. Pero lo que sí quedó claro fueron las consecuencias de mi desmán. Al día siguiente, superada ya la resaca, descubrí el espejo del baño hecho trizas y el auto rayado. Diana me explicó lo que había sucedido:

—No me explico cómo llegaste a casa: no te tenías en pie. Entrando el auto al garaje, estuviste a punto de atropellarme; te estrellaste contra las columnas de la entrada. Te fuiste di-

rectamente a la habitación, al baño, y allí te recostaste contra el espejo y lo hiciste pedazos...

Todo esto me lo decía Diana con una gran calma, pero en su mirada se adivinaba el reproche y la exigencia de una explicación. Yo permanecí mudo por un buen rato, sin poder creer lo que había hecho y profundamente impactado. Le pedí perdón y le prometí dejar por completo la bebida. En realidad, no la dejé del todo, pero sí gané mucho en prudencia. ¡No quería ni pensar que algo así volviera a suceder!

Espero, y así se lo pido a Dios, llegar a enmendar mis errores en el tiempo que me quede.

También veo claro que mi concepción del trabajo debe cambiar. La enfermedad me ha hecho abrir los ojos para darme cuenta de que he estado ejerciendo mi profesión de educador con mentalidad de funcionario, sin sentido de pertenencia, sin la actitud vocacional que requiere trabajar tan directamente con personas. ¡Es tanto lo que puedo hacer por mis alumnos y no lo he estado haciendo! Me he quedado en lo mínimo, limitándome a llenar tablas y a presentar informes; me he ido convirtiendo en un simple transmisor de conocimientos. ¡Eso no es un educador! Ahora, ya un poco tarde, me propongo ver en ellos a mis hijos y no limitarme a dar, sino darme.

¿Por qué necesité un cáncer para examinarme, para darme cuenta de todo esto y aprender a vivir mejor?! Pienso que es porque me faltaba la enfermedad para poner los pies sobre la tierra y que mi cambio fuera más radical: para cambiar de perspectiva.

Cuando las cosas van sobre ruedas, llegamos a sentirnos muy seguros de nosotros mismos, nos creemos autosuficientes. No llegamos a palpar nuestra contingencia hasta que nos enfrentamos con el riesgo, hasta que sentimos un sacudón que nos despierta y nos baja de nuestro pedestal. Personas que se han enfrentado durante muchos años con el sufrimiento de enfermos de cáncer, como B. S. Siegel, afirman que esta enfermedad es un símbolo, como la mayoría de las enferme-

dades, de algo que va mal en la vida del paciente, una advertencia para que tome otro camino.

«Mi esposa y yo estábamos en la cocina —contaba— cuando la trituradora de basura se atascó. “Qué hago” dije, y ella repuso: “No tienes más que apretar el botón de reajuste”. Así que me dirigí a Dios y pregunté: “Si Tú eres un creador tan excelso, ¿por qué no nos diste un botón de reajuste?”. Y contestó Dios: “Sí os di un botón de reajuste: se llama dolor o sufrimiento”».

Sólo por obra del dolor cambiamos. Los síntomas físicos no son muchas veces nada más que los «billetes de entrada» a un proceso de descubrimiento de uno mismo y a un cambio espiritual. Para iniciar esa auténtica cura, cada uno de nosotros debe dar el salto de la fe.

En ese momento caemos en la cuenta de que nos viene bien experimentar nuestra dependencia de Dios. Estuve buscando en la Biblia unas palabras que recordaba, y que explican muy bien esta situación, y las encontré. Son del apóstol Santiago: «Ahora, vosotros, los que decís: “Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasaremos allí un año, negociaremos y obtendremos buenas ganancias”; los que no sabéis qué será de vuestra vida el día de mañana, porque sois un vaho que aparece por un instante y, enseguida, se evapora. En lugar de esto, deberíais decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello”».

En medio de mis reflexiones, me acordé de una anécdota que había leído —no recuerdo dónde—, sobre un soldado que fue al aeropuerto para recibir a un profesor que iba a dar unas conferencias a los militares. Al conferencista le llamó mucho la atención ver la actitud del soldado, pues estuvo presto a ayudar a varias personas mayores con sus maletas, a orientar a otras, no perdía detalle, era muy educado en el trato, correcto en sus modales, y siempre con una sonrisa.

Cuando ya iban de camino, el profesor se lo comentó y le preguntó por qué obraba así, dónde lo había aprendido. El soldado le explicó que había estado en Vietnam y había formado

parte del grupo encargado de limpiar campos minados. Había visto morir, volando por los aires, a varios compañeros suyos. A pesar de los medios de detección que usaban, todos sabían que a cada instante podían encontrar la muerte. Él nunca sabía si el siguiente paso iba a ser el último y, por tanto, debía sacar el mayor provecho del momento que transcurría entre alzar un pie y volver a apoyarlo en el suelo. Le parecía que cada paso era toda una vida. Ya que tuvo la fortuna de sobrevivir, aprendió a aprovechar al máximo cada instante, y así se lo propuso en todo.

También yo tengo que vivir paso a paso, sacándole el mayor provecho posible a cada cosa y haciendo todo del mejor modo, para no tener luego que recriminarme por haber desperdiciado ese momento. Quiero dejar el mundo mejor de lo que lo encontré. Además, debo empeñarme en no perder la capacidad de asombro.

Un día cualquiera, Diana y yo estábamos solos en la casa. Era viernes y los niños pasaban la tarde en las casas de sus compañeros del colegio. Nos encontrábamos en la sala, leyendo en silencio, embebidos cada uno en su lectura. De pronto, Diana tuvo una especie de exabrupto: dejó el libro que estaba leyendo, me miró fijo a los ojos y dijo:

—¡Tenemos que salir! ¡Vamos a disfrutar la vida! ¡No nos quedemos encerrados!

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene todo esto? —contesté con desconcierto por su intempestiva reacción.

—Es que no debemos dejarnos hundir —respondió—. Tú no estás peor que Stephen Hawking, y ese hombre ha sabido darle sentido a su situación.

Me desconcertaba más conforme hablaba. Yo no me siento hundido, ni mucho menos. Desde el comienzo, me he esforzado por mantenerme firme ante la situación, para enfrentar con serenidad las cosas tal como vienen. Y estoy muy de acuerdo con J. R. Germà, cuando dice que tener un cáncer no es incompatible con la dignidad de vivir y con el deseo de experimentar los pequeños placeres de la vida cotidiana.

Pienso que ese impulso de Diana en ese momento retrata más bien su interés por hacerme la vida agradable. Es muy notorio su afán por desvivirse por mí. Pero yo seguía sin comprender bien cuál había sido la causa de su intempestiva reacción. ¿A qué venía esa alusión a Stephen Hawking?

La explicación estaba en el libro que ella estaba leyendo: Cuando lo que Dios hace no tiene sentido, de J. Dobson. Allí, se comentaba la situación de este astrofísico de la Universidad de Cambridge, que padece una enfermedad neuromuscular degenerativa que lo mantiene en silla de ruedas, y muy posiblemente lo llevará a la muerte. Ha perdido la habilidad para hablar: se debe comunicar por medio de un computador; alguien debe ayudarlo a hacer prácticamente todo. Sin embargo, este hombre no funciona como un inválido y, a pesar de no creer en Dios, es muy llamativa la actitud con que ha asumido su enfermedad y, al mismo tiempo, lo que ha aprendido de su incapacidad.

Cuentan que él, antes de enfermarse, tenía muy poco interés en la vida: la llamaba una «existencia sin sentido». Al parecer, pensaba así dado que siempre se sentía aburrido. Por esos tiempos, bebía demasiado y trabajaba muy poco. Entonces, se enteró de que tenía esclerosis amiotrófica lateral y que quizás no viviría más de dos años. Superada la conmoción emocional que le produjo ese diagnóstico, tuvo una reacción muy positiva. Llegó a declarar que había sido más feliz después de tener la enfermedad que antes.

«Cuando nuestras expectativas se reducen a cero —explicaba—, realmente apreciamos todo lo que tenemos».

En esas circunstancias, todo —la salida del sol, un paseo por el parque, o la risa de los niños— adquirió para él un nuevo significado. De pronto, cada pequeño placer se empezó a convertir en algo muy valioso.

El libro recoge unas palabras que Hawking dijo acerca de sus limitaciones físicas: «Si usted tiene algún impedimento, debe emplear sus energías en las áreas en que no tiene nin-

gún problema. Debe concentrarse en lo que puede hacer bien, y no lamentarse por lo que no puede hacer. Y es muy importante que no tenga lástima de sí mismo. Si usted tiene un impedimento y siente lástima de sí mismo, entonces nadie va a querer tener mucho contacto con usted. Una persona que tiene alguna incapacidad física, ciertamente no puede darse el lujo de estar también incapacitado psicológicamente».

A la luz de sus palabras y de toda su experiencia, queda una idea bastante clara: que una persona que se está enfrentando con dificultades se debe esforzar en hacerse más fuerte. Quejarse y tener lástima de sí mismo son reacciones negativas que habría que evitar, aunque parezcan muy lógicas y lo hagan a uno sentirse mejor. Una crisis puede llevar a la persona a fortalecerse o a desalentarse, dependiendo de la actitud que adopte ante ella. Dentro de ciertos límites, la adversidad puede tener un efecto positivo en las personas, ayudándolas a forjar el carácter.

Tengo un recuerdo de cuando era niño: cuando mi padre nos obsequiaba con una bolsa de dulces, del tipo que fuera, yo empezaba a comerlos con avidez. Cuando ya notaba que se me iban acabando, los comía más despacio, disfrutando cada uno, pensando que pronto no tendría más. Pues bien, ahora, cuando me enfrento con esta realidad de mi enfermedad, pienso que no es que la bolsa de dulces se me esté acabando, sino que se me ha roto y se han caído al suelo los dulces que me quedan; entonces, tengo que empezar a recogerlos uno a uno. Así estoy ahora: recogiendo lo que me queda, para disfrutarlo al máximo.

Hay una película, *The Bucket List*, en la que dos hombres enfermos de cáncer, a pesar de grandes diferencias de raza, cultura, pensamiento y posición social, se hacen amigos. Uno de ellos es rico, pero descreído; el otro es un hombre muy sencillo y con algunas creencias religiosas. Éste hizo una lista de lo que le habría gustado disfrutar en la vida; el rico le propuso, entonces, cumplir juntos esos deseos. Conforme lo van haciendo, van descubriendo las cosas realmente importantes en la vida: la belleza que encierra la naturaleza, las virtudes

de la gente, los sentimientos que llenan de verdad, el amor sincero, la familia... Así, van entreviendo la realidad que les aguarda más allá de la muerte y la ven, entonces, con una actitud llena de esperanza.

¡Qué vuelo da la esperanza! Las cosas presentes no pueden mantenerse en pie sin la esperanza de las futuras.

Escuché la canción *El tiempo se nos va*, interpretada por José Luis Rodríguez, que me hizo pensar. Una de sus estrofas decía:

No podemos despertar
cuando el día esté muriendo;
hay momentos para amar
y hay que amar en el momento.
Porque el tiempo se nos va
como el agua en las manos,
se nos va sin poder evitarlo.

Me hace pensar que el tiempo, efectivamente, se nos va siempre, no sólo cuando uno está cerca de la muerte. Y, por tanto, hay que aprovecharlo al máximo. ¡Hay que saber vivir!

Empiezo a aprender a despojarme de ambiciones. Por un momento, experimento casi felicidad al sentir que mi sufrimiento físico no deja espacio a cuestiones intrascendentes que antes me consumían. Ahora, voy a lo esencial. La palabra problema empieza a tener para mí otra concepción. Antes, muchas cosas sin importancia real me agobiaban, me quitaban la paz; en este momento, me doy cuenta de la poca importante que tienen.

Nota:

Basado en varias historias de la vida real, Ómar Benítez Lozano ha construido una narración en forma de testimonio, que refleja la angustia de un ser humano frente a la enfermedad, la incertidumbre frente a su desenlace, la búsqueda de sentido de la vida en medio del dolor y la necesidad de consuelo físico y espiritual.

Se trata de un testimonio conmovedor de una persona que no quiere renunciar a la vida, a pesar del sufrimiento, y que encuentra en la fe en Dios y en el amor de quienes lo rodean la serenidad para continuar viviendo o para despedirse, en caso de que el tiempo que le ha estado pidiendo a Dios toque a su fin.

El cáncer es cada vez más frecuente y no es un resfriado pasajero –otro tanto se puede decir de otras enfermedades–: por su dureza y por sus consecuencias, muchas veces imprevisibles, resulta siempre un sacudón, una llamada a preguntarse sobre el porqué del sufrimiento, el sentido de la vida y de la muerte.

El sacudón no es sólo para el enfermo, sino para todos aquellos que se encuentran cerca de él. También para todos los nominados al cáncer. ¿Quiénes sean? No lo sabemos: cualquiera podría ser. Según ciertas estadísticas, alrededor de un treinta por ciento de las muertes son por cáncer; según otras, esta enfermedad es la primera causa de muerte en el mundo. De tal manera que, si para algunos el cáncer u otra enfermedad por el estilo ya es un hecho y, para otros, una posibilidad, estas líneas quieren serles de utilidad.

Aprender de la experiencia de otros es siempre enriquecedor. Esperar a que las cosas se den y, entonces, empezar desde cero es más arduo. Este testimonio podría dar luces sobre el modo de enfrentar la eventual aparición de una enfermedad grave, tanto al lector como a cualquier persona cercana. También a quienes han de tratar este tipo de pacientes, para no convertirlos en clientes.

Sea que se llegue a curar, sea que no, conviene contar con los elementos para plantarle cara a las situaciones propias o ajenas que habría que enfrentar.

“Dios, dame tiempo para vivir” ya se encuentra en todas las librerías y almacenes de cadena del país.

